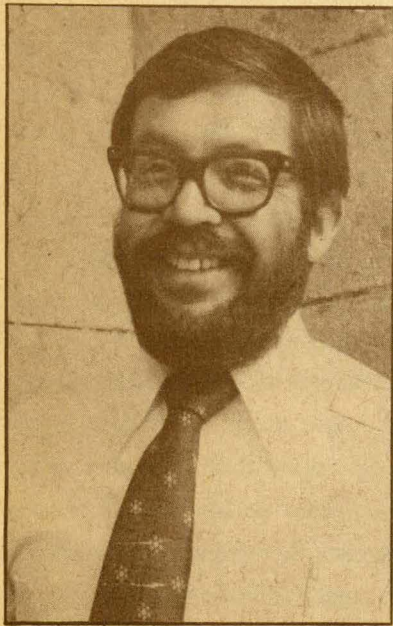


Ha muerto don Jesús Silva Herzog

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



A las nueve de la noche del 13 de marzo se extinguió la prolongada y fructífera vida ("Una vida en la vida de México"), como se tituló su biografía de don Jesús Silva Herzog. Fue la suya, para decirlo también con la denominación de un libro del que fue autor, una "inquietud sin tregua". La lucha contra una adversidad corporal, un mal ocular que le restó visión física desde muy temprana edad hasta dejarlo completamente ciego al cabo de sus días, fue como una fragua para forjar su carácter. Si bien puso inteligencia y saber al servicio de México, es seguro que el temple de su personalidad constituyó el rasgo principal, la virtud total con que contribuyó a la construcción de nuestro país.

Silva Herzog ejerció oficios varios, todos de vertiente pública. Fue periodista, profesor, diplomático, administrador, formador de hombres. Pero especialmente se le puede apreciar como un fundador. Perteneció a la generación de los mexicanos que edificaron las instituciones que de modo más fructífero han servido para abrir brechas en la investigación económica, en la reflexión política, en la formación docente.

Es probable que la tarea más lograda entre las muchas que emprendió don Jesús haya sido la publicación de *Cuadernos americanos*, la revista bimestral que en el momento de la muerte de su fundador acababa de cumplir 43 años de existencia. En esa revista publicó Silva Herzog, en 1949, uno de sus ensayos más célebres, el titulado "La Revolución Mexicana es ya un hecho histórico". Allí afirmó:

"Hace algo más de seis años escribí que la Revolución, uno de los tres acontecimientos de mayor profundidad en la Historia del México Independiente, sufría una crisis moral e ideológica de suma gravedad. Creía entonces que podría salvarse y continuar su marcha hacia adelante en provecho del pueblo mexicano. Ahora, después del tiempo transcurrido, pienso con cierta tristeza y siento con claridad que la Revolución Mexicana ya no existe; dejó de ser, murió calladamente sin que nadie lo advirtiera; sin que nadie, o casi nadie lo advierta todavía..."

"No es posible negar, si se analizan los hechos con serenidad, los resultados afirmativos logrados en el ámbito social y económico; pero no puede decirse lo mismo tratándose del adelanto político del país. A este respecto las conclusiones son negativas y es honrado confesar el fracaso de la Revolución..."

"Las revoluciones las encabezan hombres fundamentalmente virtuosos, mas no pueden evitar que hombres sin virtudes se sumen al movimiento renovador. Estos personajes sin ideal son los logreros del sacrificio de los pueblos, de la destrucción y de la muerte. Saben que desde hace más de un siglo son los negociantes los que gobiernan no pocas naciones y ellos se afanan por hacerse hombres de negocios para gobernar desde una oficina pública o desde afuera. Desde la oficina pública manejan mejor sus negocios y desde afuera en ocasiones, gobiernan a los que gobiernan. Su primer gran

negocio fue tomar parte en la Revolución, algunos de cerca, peleando con riesgo de la vida, otros de lejos, prudentemente en la retaguardia, a veces de bufones para divertir a los generales..."

"Sostener que la Revolución Mexicana es ya un hecho histórico no es necesariamente sostener una tesis reaccionaria como alguien maliciosamente pudiera suponer. No lo es porque la posición política depende fundamentalmente de las soluciones que se trate de dar a los problemas vitales del país. Si se dice que hay que desandar lo andado, volver al porfirismo se es reaccionario; mas si se afirma que hay que ir más allá del punto al cual pudo llegar la Revolución, que hay que superarla, entonces se es progresista y se está a la izquierda como lo está el autor de este trabajo".

Entre otras reacciones, ese ensayo provocó la réplica viva de un joven paisano de don Jesús—, que por entonces se iniciaba en el periodismo político. Desde las páginas del semanario *Hoy*, el potosino Francisco Martínez de la Vega expresó su desacuerdo con Silva Herzog. Para el joven periodista, la Revolución no había muerto porque aún no había conseguido alcanzar sus ideales. Había que echarla adelante, pero no extender su acta de defunción. Al correr de los años, el pensamiento de ambos ilustres mexicanos se aproximaría recíprocamente cada vez más. Al cumplir treinta años de fundada *Cuadernos americanos*, don Francisco iniciaría su colaboración regular en la Revista del Nuevo Mundo, la de don Jesús. Cada uno de ellos recibiría, asimismo, la presea Plan de San Luis, que otorga la legislatura potosina. Don Paco pudo viajar, en 1984, hasta su tierra para recibir la medalla. El año anterior había sido necesario que el Congreso de San Luis viniera a la casa de don Jesús para efectuar allí la ceremonia respectiva. Un par de meses después, el 9 de octubre de 1983, Silva Herzog recibió el último homenaje público que le fue rendido, al imponérsele la medalla Belisario Domínguez, en el Senado de la República. Imposibilitado para leer su propio discurso debió hacerlo en su lugar su nieto, Jesús Silva Herzog Márquez. Impresionó al auditorio, en tales condiciones, escuchar la doble frescura que resultó de oír en una voz joven el pensamiento nunca envejecido del octogenario que apenas podía permanecer despierto durante pocos minutos porque la fatiga física lo vencía pero que mostraba erguido el espíritu con que siempre fue lección viva de dignidad para sus discípulos.

Como fundador primero, y como director una década después de inaugurada, de la Escuela Nacional de Economía, Silva Herzog es tal vez el más grande maestro de esa disciplina entre nosotros. No fue un teórico riguroso, ni sus investigaciones aportaron conocimiento nuevo a la ciencia de las escasez. Fue, en ese terreno, un divulgador del pensamiento económico y social del mundo entero, especialmente dedicado a arraigarlo en México. Esta fue una de sus preocupaciones insoslayables: Hacer que sus alumnos conocieran la historia de la sociedad mexicana para partir de ella hacia la búsqueda de nuevos caminos. Fue permanentemente un explorador. No se contentó con haber hecho de la suya una vida exitosa. Procuró siempre ser más, saber más, servir más.

Escritor infatigable, preparó decenas de obras orientadas todas a explicar los fenómenos económicos y sociales de la historia mexicana, siempre con la mira hacia adelante. Por ello pudo dejarnos su convicción "de que el México de mañana no será construido por los mercaderes, sino por los inconformes que sueñan en hacer de la patria una morada en la cual disfruten todos sus hijos de mayores bienes materiales y espirituales y de la mayor igualdad compatible con la naturaleza humana".